

Cadavillo fué despues muerto en su misma patria de un albardazo desastrosísimamente, y uno de los marineros llamado Craso Pedro de Brobaje, que más se señaló en echar al mar los santos mártires, se cayó en el mar y se ahogó miserablemente.

Fué el martirio de estos benditos religiosos un inestimable beneficio que del Señor habemos recibido y un estímulo grande, para imitar á los que nos van delante, y para buscar nuevas ocasiones de amplificar y extender por todo el mundo la luz del santo Evangelio, y sacar de las uñas de Satanás las ánimas que Cristo nuestro Señor con su sangre redimió, aunque sea á costa de la nuestra y con pérdida de todo lo que el mundo suele prometer y no puede cumplir.

El martirio de estos siervos de Dios escribieron el P. Rivadeneira, en la *Vida del B. Francisco de Borja*, lib. 3.º cap. XI; P. Luis de Guzman, en la *Historia de las misiones*, lib. 3.º cap. LI; P. Pedro Maffeo, in Apend. epist. 2, *Centuria Martyrum Societatis*; P. Antonio Vasconcelos in *Descriptione Regni Lusitani*; P. Spineló en su *Throno Virgineo*, cap. XX; Jacobo Damiano, lib. 3.º cap. IX, y más cumplidamente el P. Pedro Jarich en el tomo II su *Tesouro indico*, lib. 3.º cap. XXVI.

P. NIEREMBERG.

P. JOSÉ DE ANCHIETA

I

ENTRE los santos que la Majestad de Dios ha escogido para mostrar lo que puede su omnipotente brazo, se podrá contar con los más señalados y raros en la gracia de hacer milagros y don de profecía, el nuevo Taurmaturgo y Venerable P. José de Anchieta.

Nació en una de las islas Canarias llamada Tenerife, año de 1533. Su madre fué natural de aquella tierra, su padre de Vizcaya, personas nobles y ricas.

Enviaron á su hijo, siendo ya de bastante edad, á Portugal, para que aprendiese letras en la Universidad de Coimbra; era de muy vivo ingenio, de natural no ménos amable y ajustado á la virtud, y así daba ejemplo á los demás

estudiantes en modestia y compostura. Iba juntamente con la edad y sabiduría creciendo en gracia para con los hombres y para con Dios, que le comunicó un gran deseo de pureza virginal.

Estando un dia rezando delante de una imágen de la Sacratísima Virgen, y deseoso de alcanzar las virtudes que la fuesen más agradables, la consagró con voto su virginidad que hasta entónces habia guardado y despues guardó toda su vida. Pagóle la Madre de Dios este servicio, alcanzándole muchos dones del Espíritu Santo é inspiraciones divinas, entre las cuales fué una que se entrase en la Compañía de JESUS, que empezaba á nacer en el mundo; poniendo la Virgen de su mano esta preciosa esmeralda en el edificio, ó por mejor decir, en el fundamento de esta nueva religion, que con la santidad y prodigiosos milagros de José habia de ser ilustrada.

De diez y siete años era cuando entró en la Compañía, pero presto se adelantó con su virtud á los antiguos. En ejercicios de humildad, penitencia, obediencia y toda mortificacion, no habia quien le echase el pié delante; vino á faltarle la salud por algunos excesos de penitencia que hizo; y por estar de rodillas y ayudar Misas, que eran por lo ménos ocho cada dia, se le causó un dolor excesivo en el espinazo, que él llevaba con gran paciencia, sin quejarse ni decir palabra; sólo se apretaba mucho la cintura, porque le parecia que con esto pudiera perseverar en la devocion de las Misas, pero ántes fué ocasion este su silencio y apretura que se sacudiesen del hueso sacro las cabezas de los huesos de los muslos, de donde resultó mayor daño al espinazo; de manera que se le torcieron las costillas y se le desconcertaron los hombros y la espalda, de modo que la medicina no halló ya remedio para su mal, sin que le quedase por toda su vida algun torcimiento.

Concurrieron otros achaques, que le daban cuidado no le dejasen inútil para trabajar en servicio de las almas, que era lo que deseaba más ardentemente; porque el amor que tenia á Dios, le hacia que se abrasase en amor de los prójimos, deseando la salvacion de todo el mundo.

Declaró esta su pena y cuidado al P. Simon Rodriguez su Provincial, uno de los primeros compañeros de S. Ignacio, el cual dejó muy consolado á José con decirle estas palabras solamente: «Perded, hijo, ese cuidado que no os quiere Dios con más salud.» Desde entónces no tuvo más pena por la falta que tenia de ella.

Como Dios tenia escogido á su siervo para predicador y como un nuevo apóstol de muchas gentes, ordenó que la misma falta de salud que le habia de estorbar fuese ocasion de que más presto le enviasen al Brasil, esperando que con los aires del mar, por haber nacido en medio del Océano, se habia de mejorar: fuera de que su rara virtud y celo prometia que aún con poca

salud habia de hacer gran provecho en aquellos bárbaros. A pocos dias de navegacion se halló tan bueno que se encargó de la cocina y despensa, sirviendo á todos más que si fuera esclavo de cada uno.

II

Virtudes que ejerció en el Brasil.

Cuando nuestro José se vió en el Brasil, que para él fué la tierra de promision bien deseada para padecer y hacer mucho por Cristo, fué cosa increíble cuán de veras se abrazó con los trabajos por el bien de las almas en cuantas ocupaciones tuvo hasta el fin de su vida, siendo Hermano, y despues de Padre, siendo Operario, Misionero, Rector y Provincial, ayudándole Dios nuestro Señor con grandes prodigios en cuanto ponía la mano; porque cuanto él más se humillaba, y mortificaba, y deshacia, tanto más le engrandecía el Señor, porque se complacia en las heróicas virtudes de su siervo.

Sus disciplinas eran continuas, sus silicios ásperos; siempre dormía vestido, ó por mejor decir, no dormía, pasando casi toda la noche en oracion: hacia perpetua compañía á los enfermos, velábalos, tomando sólo un breve rato de descanso, echándose sobre una tabla y poniendo por almohada un zapato dentro de otro; pero cuando dormía á sus solas, tenía un manojó de varas espinosas en el cual reclinaba la cabeza; al resto del cuerpo servía de lecho la dureza de la tierra.

Los caminos que hacia por lugares muy fragosos aún siendo Provincial, siempre fueron á pié y descalzo, por padecer más por Jesucristo. Lo que más es que, caminando por partes donde la tierra es tan dura que un carro bien cargado no deja señal de las ruedas, y fuera de eso tiene tan mala calidad, que aún á los que caminan por ella con zapatos de gruesas suelas se les abren las plantas de los pies y parece que las despedaza con poco que anden; con todo eso caminaba aquí este siervo de Dios descalzo totalmente, porque nunca dejó su santa costumbre, y le parecia que caminaba sobre flores, porque lo hacia por Dios.

Iba por caminos muy ásperos y montuosos con tanta ligereza, que parecia que volaba, alentándole la fuerza del amor divino. Sucedióle muchas veces decir á sus compañeros que pasasen adelante, por quedarse él á solas á tener oracion; pero al cabo de tiempo, cuando ellos pensaban que quedaba atrás, le hallaban delante de sí, porque se les habia adelantado sin haberle ninguno visto pasar, traspasándole el Angel del Señor de un lugar á otro, para que no perdiese el tiempo que habia estado con su Dios.

Su oracion era continua, porque eran muchas las horas que daba á este santo ejercicio. La noche casi toda pasaba orando, no dando reposo al cuerpo, sino al alma. En las muchas peregrinaciones que tuvo solia llegar hecho pedazos de cansancio, pero no por eso tomaba más descanso que en casa, pasando la noche en oracion, como solia.

Fuera de esto, la presencia que tenia de Dios era continua, teniéndole presente en todas las cosas y negocios; porque, como otro Moisés, de tal manera trataba con los hombres, que estaba juntamente hablando con su Criador. Todas sus palabras parece que sacaba, no de pecho humano, sino de un espíritu angélico. Ningun lugar, tiempo, ocupacion, le apartaba el pensamiento de Dios, y á veces era con tanta intension, que estando comiendo se olvidaba de la comida.

Era devotísimo de la Pasion de Cristo, y muchas veces acudiendo los de casa para hablarle en su aposento, le hallaban de rodillas encendido todo el rostro y puestas las manos, arrojando mil suspiros al cielo que salian del centro de su corazon, y repitiendo los nombres de los tormentos de la Pasion; y de noche los que andaban con él en sus peregrinaciones, le oian repetir los mismos nombres, hiriendo, al pronunciarlo, la tierra con los pies, señal del vivo sentimiento que tenia en el alma.

Muchas veces le vieron orando todo rodeado de luz, echando tan claros resplandores como el sol; otras levantado de la tierra. Del continuo uso de orar se le hicieron grandes callos en las rodillas, como á Santiago el Menor, y se exasperaron de manera que se le abrieron é hicieron grietas.

Favorecióle el Señor su oracion con grandes demostraciones. Una vez le dió á experimentar los tormentos de la Pasion de Jesucristo, sintiendo en su cuerpo aquellos excesivos dolores y tormentos.

Estando una noche orando en una ermita ú oratorio de la Virgen, en que no habia luz alguna, la vieron desde un castillo vecino llena de luz, despidiendo grandes rayos de claridad por las ventanas, y cercando los resplandores todo el edificio. Juntamente sonaba una acordada música de admirables voces. Quiso un yerno del alcaide del castillo, llamado Alonso Gonzalez, ir á ver lo que era aquel prodigio, pero en el camino se le erizaron los cabellos, ocupándole repentinamente un grande pavor, sintiendo juntamente detenerle una fuerza y mano invisible, y así se estuvo gozando largo rato de aquella fiesta de los ángeles, que hacian al siervo de Dios. Preguntáronle despues qué habia sido aquello; al principio divertía la plática, pero importunado de Alonso Gonzalez y su mujer que lo vió tambien, les pidió muy de veras que no lo dijesen á nadie mientras les durase la vida.

Al paso que gozaba, aún en vida mortal, de los gustos y riquezas del cie-